

tes yanquis. Escuchemos sus cargos. Tiene usted la palabra, von Stein.

El Secretario Adams, con el entrecejo fruncido, miraba obstinadamente al suelo, en tanto que la curiosidad se trasparentaba en los ojos de su adorable hija y de su futuro yerno. El alemán encendió su larga pipa y comenzó a hablar con tono reposado.

—Alemania estudió a fondo el problema humano y trató de resolverlo filosóficamente.

Nuestro globo es una isla perdida en el océano del éter, y como tal, su capacidad es limitada. Si puede mantener cómodamente mil millones de hombres, empeñarse en poblarlo con dos mil millones sería una locura. Conservando siempre ese nivel, no habría guerras, ocasionadas siempre por el exceso de población hambrienta: un gobierno paternal, reglamentándolo todo, proporcionaría a los ciudadanos los medios de vida y las facilidades de la industria.

No habría pobres, ni revoltosos ni criminales; la humanidad sería una familia feliz y realizaría plenamente su destino, esto es, vivir, pues para ello fué engendrada. Por eso combatimos el ideal latino, la anarquía, la libertad mal entendida que trae como consecuencias las luchas intestinas, las huelgas, los atentados anarquistas; por eso, contrariando en apariencia un derecho, invadimos a Bélgica, única vía para realizar nuestra misión redentora. ¿Es acaso más feliz la humanidad después que en mares de

sangre ahogó nuestro plan salvador? Alemania buscaba la felicidad de todas las razas, disciplinándolas y organizándolas convenientemente. Su plan se habría impuesto al mundo, si vosotros constituyéndoos en apóstoles de una falsa democracia, no hubieseis prestado a los aliados el apoyo económico que fué su salvación. ¡Despreciables mercachifles! ¿No fuisteis vosotros los que nos proporcionasteis cuando éramos los más fuertes toda clase de materias primas para continuar con buen éxito la mundial contienda? ¿No recibisteis con palmas a nuestros submarinos cuando efectuaron la empresa homérica de atravesar el Atlántico, vigilado por los egoístas ingleses? ¿Por qué, si erais los campeones de la democracia y de los pueblos débiles, no nos declarasteis la guerra al día siguiente de la invasión del Luxemburgo, como lo hizo la Gran Bretaña? Hablemos claro, señor Secretario de Marina de los Estados Unidos: los ingleses no entraron en la contienda para defender el derecho, como lo gritaron a los cuatro vientos, sino porque la ocupación de Bélgica hacía posible la invasión de Londres y amenazaba de muerte la hegemonía marítima del Reino Unido. Y vosotros, ¿tomasteis parte en la contienda mundial por puro quijotismo y en nombre de una moral sentimental y ridícula? No, Mr. Adams: ustedes después de ayudarnos contra nuestros adversarios cuando todas las probabilidades de triunfo estaban de nuestra parte, se unieron a ellos y produjeron nuestra ruina. ¿Por qué? Porque el comercio alemán,

gracias a su activa labor y superioridad y baratura de sus artículos, se había adueñado de casi todos los mercados de la América Latina, con notable detrimento de las manufacturas norteamericanas, «América para los yanquis» es la doctrina de Monroe; «el mundo entero para los yanquis» fué más adelante la doctrina de Wilson. Por eso después de haber utilizado los valiosos servicios de las escuadras japonesas, habéis cerrado todas las puertas del Nuevo Continente al comercio nipón.

—Sí, dijo grave y dulcemente el capitán Amaru. Nosotros instigados por nuestros aliados y amigos los ingleses, entramos en la guerra creyendo coadyuvar así a la obra de la civilización. Después de celebrada la paz nos convencimos de que habíamos sido juguete de la diplomacia anglo-sajona y que nosotros en nuestra isla, como los alemanes en su territorio, estábamos sentenciados a muerte por el delito de perjudicar con nuestra competencia a las fábricas norteamericanas.

Cuando el japonés dejó de hablar, levantóse Roberto y cruzándose de brazos dijo con tono solemne y reposado:

Señor Secretario de Marina: mis compañeros y yo estamos empeñados en una tarea vengadora, mejor dicho, justiciera en el mundo. Antes de realizar nuestra terrible obra, queremos que personas ilustradas como ustedes reconozcan nuestro derecho y la equidad que nos asiste.

Las débiles repúblicas de Centro América mira-

ron siempre con simpatía y admiración a la vuestra. Casi todo su comercio se hacía con los Estados Unidos y las empresas norteamericanas eran recibidas con los brazos abiertos. ¿Qué obtuvimos en pago de nuestra cariñosa acogida? Ultrajes y vejaciones. A los intereses yanquis convenía el dominio de Cuba y Puerto Rico, y la Gran República declaró la guerra a España. El canal de Panamá exigía que esa región dejara de pertenecer a Colombia, y así se hizo. El peligro de que alguna poderosa nación europea practicara otro canal al través de Nicaragua inspiró al expresidente Wilson la idea de unir las cinco repúblicas del istmo bajo la administración de un presidente que fuera hechura suya, y la unión se realizó sin consultar el voto de los respectivos pueblos, que han sabido caer, a lo menos en sus tres quintas partes, con dignidad y entereza, después de sembrar sus campos con mil cadáveres de los infames invasores.

Los Estados Unidos han proclamado el derecho de la fuerza; nosotros lo aceptamos y en nombre de ese mismo derecho anunciamos al mundo que antes de un mes el águila, con las alas y las garras recortadas, habrá dejado de ser una amenaza para la libertad del mundo.

El Secretario Adams, hasta entonces silencioso, se puso de pies y con insólita energía comenzó a decir:

—Puesto que ustedes pretenden someter a juicio a mi patria, haciéndola responsable de los acontecimien-

tos políticos ocurridos en los últimos cuatro años, como ciudadano de la Unión, como miembro del Gabinete y como simple particular interesado en la solución de problemas morales relacionados con todos los pueblos del Continente, debo declarar que los Estados Unidos han mirado siempre con profunda lástima las convulsiones que periódicamente agitan a estas repúblicas, y que al verlas consumidas por la degeneración de la raza indígena, por la deficiencia de su alimentación y por el abuso del alcohol, han resuelto sanearlas y en caso necesario reemplazar con gente mejor y más robusta las poblaciones caquéxicas, indignas de vivir sobre la faz de la tierra.

Irguióse bruscamente Roberto, y replicó con viveza:

—Los primeros colonos que de Inglaterra arribaron a New York eran personas instruidas, educadas en un ambiente de libertad que no dejó de dar sus frutos más tarde. En cambio ¿qué clase de pobladores envió España a los países sujetos a su dominio? Campesinos y soldados analfabetos, acostumbrados al régimen despótico de un rey todopoderoso, a cuya autoridad se sometieron sin protesta durante cuatro siglos. Sin embargo, esos colonos ignorantes supieron sacar del suelo los productos necesarios para su subsistencia y cuando proclamaron su autonomía en 1821, podían vivir del trabajo sin necesidad de solicitar protecciones oficiales. Guardando las proporciones debidas, esos ignorantes

súbditos del rey de España han realizado un progreso diez veces mayor que los ilustrados cuáqueros que con la Biblia bajo el brazo fundaron las primeras colonias sajonas en Norte América.

—El Salvador, mi patria—dijo Manuel Delgado— es la mejor prueba de lo que ha dicho mi amigo Roberto. Con una población indígena equivalente a las tres cuartas partes de la total, supo arrancar de su reducido suelo tantas riquezas, que los gobiernos ladrones que sucesivamente han explotado el país no consiguieron arruinarlo. Desde hace quince años los Estados Unidos han fomentado en mi patria revoluciones para justificar su intervención.

No hace más de veinte años que un ciudadano yanqui, domiciliado en Sonsonate, fomentó y pagó un movimiento que fracasó dichosamente. La poderosa República del Norte no se atrevió a desafiar la cólera del millón de paisanos míos que recientemente han probado que no es empresa fácil sojuzgar a un puñado de hombres dispuestos a defender su autonomía.

—La misma política han observado los yanquis en mi país—añadió el hondureño. Favorecieron hace poco a un caudillo revolucionario, creyendo que se prestaría a secundar sus maquiavélicos propósitos; pero cuando se cercioraron de que no era el dócil instrumento que buscaban, le derrocaron a viva fuerza, pagando cara su infamia, pues regimientos enteros de *bluejackets* abonan hoy los campos de Choluteca y de Tegucigalpa.

—Ya ha oído usted nuestros cargos, Mr. Adams, dijo el joven rubio después de una pausa. ¿Qué tiene usted que contestar a ellos?

—Todo lo que yo pudiera objetar resultaría perfectamente inútil—contestó el Secretario—pues el tribunal que me escucha se compone exclusivamente de enemigos de mi país que no darán oídos a mis razones.

—Por el contrario—replicó vivamente el costarricense. No somos enemigos de los pueblos, sino de los malos políticos que los arruinan; no somos vengadores sino jueces, y queremos probar al mundo la razón que nos asiste, antes de pasar a los hechos. ¿Cómo puede usted sincerar a su país?

—No es difícil—repuso friamente Mr. Adams, en tanto que su hija y el teniente Cornfield le miraban con expresión ansiosa.—Mi patria es desde hace tres siglos la tierra de la libertad; en ella han encontrado hospitalaria acogida todos los oprimidos de Europa, y ella ha contribuido directa o indirectamente a arruinar las tiranías y a hacer triunfar las democracias. En los cien años transcurridos desde que los países latinoamericanos sacudieron el yugo español, los Estados Unidos han contemplado con lástima las luchas intestinas que han desgarrado a estos pueblos, poseedores de los territorios más ricos del mundo. ¡Cuántas veces han interpuesto sus desinteresados oficios para hacer cesar esas guerras fratricidas!

¡Cuántas veces han impedido a las naciones

européas poner su planta en estas repúblicas, amparándolas con la doctrina de Monroe!

—Como cuando Maximiliano vino como emperador a México, sostenido por las bayonetas francesas, —objetó sarcásticamente el alemán.

—O cuando los ingleses se incautaron de las aduanas de Nicaragua,—agregó el hondureño.

—O cuando los barcos alemanes bombardearon los puertos de Venezuela,—dijo Manuel Delgado, sonriendo maliciosamente.

Anonadado por estos abrumadores cargos, el Secretario de Marina permaneció callado largo rato, como acopiando argumentos para combatirlos, y luego dijo:

—Preciso es confesar que cuando nos constituimos en defensores del Nuevo Mundo contra las pretensiones europeas, nos contábamos con fuerzas bastantes para hacer respetar nuestra doctrina.

Hoy es distinto: nuestra flota y nuestro ejército pueden luchar con el mundo entero y ya no es de temer ninguna agresión extranjera. ¿De qué se quejan las cinco insignificantes republiquetas centro-americanas que hace tres años incorporamos a nuestra gran federación? Arruinadas por caciques crueles y odiosos que aplicaron a sus enemigos políticos tormentos medioevales; sumidas en los vicios, roídas por las enfermedades, sin caminos, ni agricultura ni industrias, presentaban el cuadro más desconsolador y miserable. ¿Las han visitado ustedes en los últimos tres años? Cruzadas por numerosas

vías férreas, cubiertas de poblaciones higiénicas en donde reinan la salud y la abundancia, garantizados todos los derechos por un gobierno fuerte y a la vez paternal, los antes miseros pueblos centroamericanos no se cansan de bendecir a la gran nación que con su varita mágica los ha transformado en sociedades civilizadas y dichosas. Hoy todos y cada uno de los ciudadanos se entregan tranquilamente a sus trabajos, sin temer persecuciones ni expoliaciones de salvajes autócratas; los que antes morían de inanición, ahora tienen de sobra para alimentar y educar a su prole, y este milagro lo ha realizado mi país, no en beneficio propio, pues sus vastísimos territorios la proporcionan de sobra cuanto pueda necesitar, sino en beneficio de la humanidad. ¿Qué les falta hoy a estas microscópicas repúblicas?

—Sólo una cosa, Mr. Adams—replicó Roberto Mora, irguiéndose arrogante y con enérgico acento:— la libertad.

—¿Y qué llamáis vosotros libertad?—contestó el yanqui con no menos calor.

¿El derecho de continuar indefinidamente degollándose unos a otros, de dejar desarrollarse impunemente la criminalidad y el vicio, de suicidarse material y moralmente?

Un chispazo de cólera iluminó las azules pupilas del costarricense; pero dominando su indignación repuso con tono reposado:

—Las naciones como los individuos están sujetas a leyes invariables de crecimiento. Inglaterra fué

un país de canibales, de hombres feroces y no hace aún muchos siglos era teatro de las más espantosas atrocidades. Lo mismo ocurrió en Francia, en Alemania, en todo el mundo. Vuestra gran República, fundada por ingleses pertenecientes a una época ya muy adelantada ¿no nos ha dado hace apenas unas cuantas decenas de años, el espectáculo de la guerra civil más odiosa y salvaje que ha presenciado la Historia? ¿Cómo pretender, Mr. Adams, que pobres colonias de ignorantes y oprimidos labriegos llegaron de golpe al pináculo de la civilización? Cada pueblo es libre de realizar sus ideales, y nadie puede oponerse a ello, como ningún ciudadano puede aprisionar y castigar a otro so pretexto de que no se ajusta a las leyes de la moral. Si yo me siento feliz de vivir en una choza miserable, casi desnudo y alimentándome de frutas ¿por qué ha de venir un vecino, valido de la fuerza, a incendiar mi rancho, a obligarme a vestir decentemente, y a alimentarme de carne? ¿Con qué derecho habéis vosotros exterminado las tribus indígenas que en otro tiempo vagaban por vuestro inmenso territorio, a aquellos pueblos indios heroicos, admirables, ejemplares soberbios de la raza humana, despreciadores del peligro, que morían riendo a carcajadas en medio de los más espantosos tormentos? Eran ellos los primeros ocupantes del país, sus dueños por derecho natural; vivían felices en medio de sus praderas, cazando bisontes; su resistencia homérica no ha sido cantada por ninguno de vuestros gazmoños poetas. ¿En nom-

bre de quién los aniquilasteis, como los españoles a los pueblos felices y viriles que sojuzgaron? En nombre de la ley suprema del más fuerte, de esa ley que condenasteis cuando Alemania trató de acabar con el poderío de las naciones rivales del Viejo Continente, ley elástica que os permite mostraros como apóstoles de la libertad y del derecho para engañar a los neutrales de la gran contienda europea, y que utilizáis en provecho propio cuando es necesario abrir un canal para monopolizar el comercio de un continente y defender vuestras costas. Os sublevó el atropello de una Bélgica invadida por los alemanes por necesidades militares, y no vacilasteis en desgarrar a Colombia para adueñaros del Canal de Panamá ni en ultrajar a Costa Rica para abrir el de Nicaragua. Estas repúblicas admiraban vuestros progresos y os habrían recibido con los brazos abiertos como poderosos factores de su adelanto: ahora, después de las matanzas de Puntarenas, de Amapala y Acajutla, saben ya a qué atenerse y os combatirán sin tregua, porque desdeñando injustamente a nuestra raza, cuyas buenas cualidades no sabéis apreciar, os empeñáis en hacerla desaparecer de la faz de la tierra. Una alma encendida en el más puro patriotismo es capaz de derribar un imperio: el genio de Bolívar, sin armas, sin recursos, sin pueblos que le secundasen en su grandiosa empresa, arruinó el poderío de una nación que fué durante siglos dueña del mundo.

El Secretario Adams sonrió compasivamente, y cuando su interlocutor guardó silencio, dijo:

—Una pequeña contradicción advierto en su discurso, caballero: que ustedes, enemigos del derecho del más fuerte, lo están ahora ejerciendo, aprisionando contra su voluntad a tres ciudadanos libres.

—No durará mucho su cautiverio—replicó el joven rubio, sacudiendo alegremente su crespa cabellera:—cayeron ustedes incautamente en nuestro cuartel general; y como el enviarlos a tierra habría sido el fracaso de nuestros planes, les privaremos de la libertad, porque queremos que ustedes sean testigos de la *caída del águila*.

—No me explico....—murmuró Mr. Adams, mirando sorprendido al joven.

—Es muy sencillo: cinco hombres, pertenecientes a cinco naciones agraviadas por ustedes los norteamericanos, han resuelto dar en tierra con el nuevo imperio, anacrónico e inverosímil. Ciro, Jerjes, Alejandro y Augusto en la antigüedad, y Napoleón y Guillermo en los tiempos modernos, se imaginaron que la dicha de la humanidad estribaba en la sujeción a la autoridad de un solo hombre, especie de padre cariñoso consagrado a la felicidad de sus hijos. Los acontecimientos se encargaron de revelarles que los pueblos tienen derecho—como los individuos—a desenvolver libremente sus energías y a que nadie pueda oprimirlos en nombre del progreso y de la moral política. Nosotros vamos a reducir a polvo el nuevo imperio autocrático for-

mado en el mundo descubierto por Colón, y queremos que ustedes sean testigos imparciales de nuestra obra humanitaria y salvadora; que ustedes, súbditos de esta nueva autocracia, disfrazada con trajes de principios redentores, asistan al final de la tragedia.

Fanny y su prometido, con las manos entrelazadas miraban obstinadamente al suelo, con expresión resignada; el oficial japonés dirigía sus ojos inexpresivos a la bóveda de la caverna y el salvadoreño y el hondureense aprobaban con significativos movimientos de cabeza las palabras de su jefe y compañero.

—Mañana—prosiguió diciendo el joven rubio, mostraremos a ustedes, nuestros enemigos, todos los secretos de la isla. No es posible proceder con mayor generosidad y franqueza, tratándose de enemigos irreconciliables. Después, ustedes nos acompañarán en nuestras expediciones para que cuando recobren la libertad puedan decir al mundo que los piratas del Coco sólo perseguían el ideal más noble y elevado el de permitir a todos los pueblos, sin distinción de cultura ni colores, la libertad de acción necesaria para realizar sus destinos.

Y ahora—añadió dirigiéndose a los tres detenidos—no tomen a mal que los incomuniquemos de nuevo, validos de la ley del más fuerte. Usted, Mr. Cornfield, volverá a ocupar la celda de anoche, recreando sus ocios con la lectura de los libros que dejamos a su disposición.

Mr. Adams y su distinguida hija se quedarán aquí confiados en que muy pronto podrán saludar y abrazar a sus parientes y amigos de Nueva York y de Washington tan superiores en merecimiento a este humilde servidor».

Levantáronse como movidos por un resorte los cinco jueces y después de cerrar la verja de la cueva ocupada por Jack, penetraron en la segunda caverna de la derecha.

El Secretario y su hija pasaron casi toda la noche comentando las palabras del ingeniero Mora.

Jack la empleó en leer los numerosos folletos sobre la guerra europea, la mayor parte de los cuales le eran desconocidos. Los había ingleses y franceses, evidentemente parciales y también alemanes, no menos apasionados; pero de la comparación de unos y otros dedujo el joven marino que la verdad es algo muy difícil de descubrir al través de las brumas del odio. No pudo Jack cerrar los ojos en toda la noche. Terminada la lectura se puso a examinar mentalmente su actual situación y la de sus dos compañeros. Tranquilizado por la actitud benévola de sus carceleros y por la de su presunto rival Roberto, quien durante toda la entrevista no miró una vez siquiera a Fanny, esperaba confiadamente que pronto los pusiesen en libertad o que la poderosa escuadra de su patria viniera a rescatarlos. Pero ¿cómo aquel puñado de hombres se atrevía a desafiar la cólera de la nación más poderosa que ha sustentado la tierra?

¿Era vana jactancia o realmente los piratas del Co-co contaban con medios bastantes para consumir su obra de destrucción? El hundimiento sucesivo de los más formidables acorazados norteamericanos, llevado a cabo a distancias inmensas ¿no estaba revelando que los enemigos disponían de una flota submarina nunca vista?

El marino trataba de explicarse lo sucedido, sin acertar con la solución. Los grandes barcos eran invulnerables a los torpedos, pues aparatos eléctricos delicadísimos funcionaban automáticamente a la aproximación de una masa de acero y dejaban caer en torno del navío redes protectoras. Los miles de agentes secretos estacionados en toda la costa del Japón y de la América desde San Francisco hasta Panamá, no habían notado nada sospechoso y podían garantizar que en esa misma extensión no había aparecido ningún submarino ni había estaciones inalámbricas.

Durante toda la noche el teniente meditó sobre estos misteriosos problemas, distrayéndose a veces para prestar atención a los ruidos subterráneos que había escuchado la víspera. No parecía sino que debajo del suelo de la isla hubiese colosales fábricas y numerosa población de obreros. Utilizando el espejillo que le dió Fanny, pudo seguir al través de la reja los pasos de los cinco hombres, después que le, llevaron a su encierro, y cerciorarse de que en lugar de abrir la verja del túnel central que daba al exterior, habían penetrado en la segunda cue-

va de la derecha, de la cual no volvieron a salir. Allí, pues, debía de estar la entrada secreta de las instalaciones subterráneas y Jack se propuso encontrarla apenas sus captores le dejaran un instante de libertad. Hacia rato meditaba un plan arriesgado que pensó consultar con el Secretario Adams; y en tal estado de ánimo le sorprendieron los primeros resplandores de la mañana, que llegaron hasta su calabozo.



V

EL VELO SE DESCORRE

A cosa de las ocho resonaron en el suelo de granito del cañón central pasos de varias personas y Jack pudo ver al través de su reja pasar al joven rubio con su inseparable latiguillo y su vestido de kaki, seguido de los otros dos centroamericanos, quienes se dirigían a la celda número 3, ocupada por Mr. Adams y su hija. Un momento después oyó el marino el ligero chirrido que anunciaba que la reja del calabozo se abría, y casi al mismo tiempo la del suyo desapareció dentro de la pared de basalto.

Salió Jack al pasadizo y encontró allí a los tres jóvenes y a sus dos compañeros de cautiverio.

—Señores, dijo Roberto: tenemos que hacer una excursión un poco larga y por lo tanto creo necesario que nos desayunemos primero.

Supongo que ustedes no se negarán a aceptar una taza de café. Sirvanse seguirme».

A la cabeza del grupo se dirigió hacia la celda

número 2 derecha, la misma en donde habían penetrado los cinco conspiradores al terminar la conferencia del día anterior.

Examinó Jack curiosamente la caverna, cuyas paredes lisas y negruzcas no ofrecían nada de particular, como tampoco la bóveda ni el piso, que parecían bruñidos. En el centro de la cueva estaba una mesita japonesa sobre la cual humeaba una cafetera de plata, flanqueada por dos bandejas del mismo metal, repletas de emparedados, biscochos y jamón en dulce, y en torno de la mesa había seis sillas plegadizas, barnizadas de amarillo.

El Secretario Adams se encogió de hombros y se sentó sin ceremonia, ejemplo que imitaron los restantes. Comieron todos con apetito y cuando los hombres encendieron sus cigarros, levantóse Roberto y salió al pasadizo. Pocos segundos después apareció de nuevo, diciendo:

—Tengan la bondad de seguirme. Vamos a dar un paseo por la isla.

La verja del túnel había desaparecido y la entrada resplandecía deslumbradora, bañada por el sol. Los tres americanos aspiraron con delicia el aire matinal y miraron extasiados el espléndido panorama del océano que se esfumaba en el horizonte como un cinturón de jade, rizado levemente por ondas argentadas.

Descendieron por el abrupto sendero del cerro, precedidos siempre por el joven rubio, y llegaron a la ribera septentrional en donde los sobrevivientes

del *Nicaragua* habían visto una línea férrea la tarde de su desembarco. La tierra algo ondulada se dilataba verde y monótona como un prado hasta los montuosos cerros del oeste, y en ella no se advertía señal alguna de senderos.

—¡Una vela! gritó de pronto el hondureño señalando al oriente.

Todos volvieron la cara en esa dirección y divisaron un bote que se aproximaba rápidamente a la isla.

—Son nuestros pescadores—dijo Roberto, examinando la embarcación con sus gemelos.

Cuando los prisioneros dirigieron de nuevo sus miradas a la costa del norte, Fanny lanzó una exclamación de sorpresa y su padre y Jack se miraron aletados. Dos líneas paralelas de rieles, relucientes como hilos de plata, se dilataban en una extensión de más de un kilómetro y se perdían en el recodo formado por una colina. Los tres huéspedes de la isla estaban seguros de que un momento antes no había tal línea férrea, ni vacas pasciendo cerca de ella y que ahora se destacaban sobre el fondo verde como flores animadas. ¿Cómo por arte de magia había revivido la misma escena que contemplaron el día de su arribada?

Roberto los observaba con maliciosa sonrisa.

—Creía—dijo—que nada era capaz de alterar la flemma anglosajona; pero ya veo que nuestras humildes invenciones no están desprovistas de ingenio. Y ahora, señores, procedamos a nuestra excursión,

porque antes de poco el calor será en extremo molesto.

La sorpresa de los norteamericanos llegó a su colmo cuando a corta distancia vieron descansando sobre los rieles un lujoso coche de gasolina, capaz para diez personas, que parecía haber brotado de la tierra al conjuro de un moderno Aladino. Apenas ocuparon sus respectivos asientos, un mecánico japonés puso en movimiento el carruaje que se deslizó con rapidez vertiginosa y sin la menor sacudida.

Pocos minutos más tarde se detenían enfrente de un escarpado cerro en cuya cima se elevaba el mástil de una instalación inalámbrica. El teniente Cornfield movió de arriba a abajo la cabeza, como quien ve confirmadas sus sospechas. De una casita de zinc, que evidentemente servía de oficina al telegrafista, salió un hombrecillo vestido de blanco y de facciones que denunciaban su procedencia filipina, el cual se cuadró militarmente y llevó la diestra a la visera de su gorra.

—¿Nada nuevo, Jiso?—preguntó Roberto.

—Sí, señor. En este mismo instante iba a comunicar a ustedes lo ocurrido, por el teléfono subterráneo; pero el ruido de la gasolina me hizo salir para recibirlos.

—¿Qué hay?

—Hace dos horas que el *dreadnaugh* «*Salvador*», el último del tipo modernísimo construido por nuestros enemigos, fué hundido a diez leguas de la costa de Nicoya, como de costumbre, sin dejar rastro.

—¡Bien por el capitán Amaru!—exclamó entusiasmado Roberto.

—¡El capitán Amaru!—contestó sorprendido el Secretario de Marina—¿el que estuvo ayer con nosotros?

—El mismo.

¡Imposible!

—Esa palabra, Mr. Adams, no existe ya en los modernos diccionarios. Todo es hoy posible para el ingenio humano, máxime cuando lo estimula la conciencia de una noble causa. El capitán Amaru estará de regreso antes de dos horas y si usted no tiene inconveniente comeremos con él.

—Abusa usted de su posición para insultarme—replicó indignado el Ministro yanqui. ¿Cómo puede usted imaginar que yo soporte pacientemente la presencia de un pirata que asesina a mansalva a miles de mis compatriotas?

—Cerca de mil centroamericanos, perecieron en Puntarenas, defendiendo há tres años la integridad de su suelo; tres mil en Honduras y cinco mil en Acajutla; mientras que de los *bluejackets* murieron apenas cuatro mil.

Ya hemos saldado la deuda con creces, y como de pirata a pirata no se pierden más que los barriles, no vemos por qué usted se indigna de tratar con nosotros, cuando nosotros prodigamos a ustedes tantas deferencias.

Mr. Adams se mordió los labios y bajó los ojos: una rabia indecible le dominaba, esa furia del

anglosajón, difícil de despertar, pero espantosa cuando estalla. Si hubiese tenido un arma habría cometido alguna atrocidad, y quizá con siniestro propósito fijó las miradas en la pavonada pistola que el rubio costarricense llevaba al cinto; pero sin duda el pensamiento de su hija refrenó sus sanguinarios impulsos y poco a poco su semblante recobró la impassibilidad de costumbre.

—Como no pretendemos pasar a los ojos de ustedes por personajes de una novela de Julio Verne—prosiguió Roberto, llevando la diestra a la culata de su revólver, pues había adivinado en la mirada de Mr. Adams sus violentas intenciones—voy a explicarles lo que parece sobrenatural y que no es otra cosa que un producto de la admirable industria nipona. Colocamos en la costa occidental nuestro aparato inalámbrico, porque las naves jamás arriban a la isla por este lado, sino por el opuesto.

Por eso tenemos por acá nuestros establos que nos suministran leche y carne fresca, añadió señalando un cobertizo situado a corta distancia; pero podemos hacer desaparecer todo rastro de huellas humanas cuando nos llega una visita inesperada como la vuestra. Vais a verlo—añadió encaminándose a una plazuela cubierta de césped, en cuyo centro se veía el muñón de un gigantesco árbol cortado, que no era sino una perfecta imitación hecha con cemento. Palpó la raíz del tronco y de improviso el mástil, la casita del telegrafista, el establo y la línea férrea desaparecieron como en un cuento de hadas.

Fanny, que casualmente estaba mirando los rieles, vió salir del costado izquierdo de la vía una faja verde que la cubrió enteramente.

—La tarde que ustedes llegaron—continuó Roberto, sonriendo al ver el pasmo de los prisioneros—nos cogieron descuidados. El aerograma llegó precisamente cuando ustedes se hallaban en las alturas que rodean la bahía de Wafer, pues el conde Stein andaba arreglando un negocio en Puntarenas. Porque han de saber ustedes que desde el arribo de sus tres acorazados a aquel puerto, uno de nuestros submarinos navegaba bajo sus aguas, vigilándolos estrictamente y recogiendo todas las conversaciones de a bordo; y si no los echó a pique antes de entrar en la bahía fué porque entre los tripulantes figuraba esta bella señorita, con cuya amistad me honré en Wáshington».

Fanny, extremadamente pálida y con los ojos llorosos, miraba a su prometido, quien no menos pálido fingía no atender a la conversación, contemplando la movible superficie del océano.

—Pero ya es tiempo de que volvamos a casa—continuó Roberto—pues se hace tarde y nos faltan muchas maravillas que enseñar.

Y dirigiéndose al tronco artificial oprimió un resorte invisible. Surgieron del suelo bruscamente el mástil del inalámbrico, la garita del telegrafista, los establos y la línea férrea. El coche de gasolina, cuyas ruedas descansaban sobre la hierba, quedó de nuevo montado en los rieles; y una vez que todos se acomodaron

en él, el *chofer*, obedeciendo a instrucciones del jefe de la partida, hizo avanzar el carruaje lentamente.

—Esa hierba—explicó el joven rubio, señalando a la que se extendía a un lado de la línea férrea—es artificial y tan perfectamente imitada que sólo las vacas son capaces de distinguirla de la natural. Está entramada en una red metálica que recubre la línea al oprimir un botón eléctrico. Cerca de las cuevas que habitamos hay otro tronco de cemento idéntico al que tiene Jiso para hacer desaparecer nuestras instalaciones en cualquier momento. A propósito, aconsejo a ustedes que procuren no encontrarse a solas con ese filipino, pues sería capaz de cualquier barbaridad. Sirvió varios años como camarero en un vapor mercante de los Estados Unidos, y el mayordomo le propinó tantos puntapiés y bofetones, que desde entonces juró odio eterno a vuestra raza y no quedará satisfecho hasta derramar la sangre de media docena de ciudadanos de la Unión.

Si no fuera que tengo motivos particulares para desear volver a mi patria así que la vea libre de vuestra odiosa dominación—siguió diciendo Roberto Mora, cuya verbosidad parecía excitada por el alarde hecho ante sus enemigos—ninguna vida podría ser más agradable que la de esta isla, endonde además de absoluta libertad gozamos de todas las comodidades deseables. Tenemos habitaciones casi lujosas, víveres en abundancia, nuestros pescadores nos traen diariamente ostras y gran variedad de pescados,

nuestra vacada nos suministra leche, quesos y mantequilla, y la huerta toda clase de verduras y delicadas frutas. Distraemos nuestros ratos de ocio con la lectura de obras de una selecta biblioteca o tañendo instrumentos de música que nos proporcionan deliciosas veladas; von Stein es inimitable en la cítara, yo toco el piano, Delgado es un violinista de primera fuerza y Valle supera con su guitarra a los más afamados tocadores de Andalucía. Pero sería inexcusable egoísmo pasar aquí los años, en lugar de consagrar nuestras energías al servicio de nuestros compatriotas. Debemos regresar al seno de las sociedades que nos vieron nacer, formar allí nuestros hogares y colaborar con nuestros conciudadanos en la obra de la cultura general, de la felicidad de nuestras respectivas patrias».

El automóvil se detuvo al pie del cerro en cuya cima estaban las cuevas que en otro tiempo sirvieron de asilo a los corsarios; y apenas bajaron de él los seis pasajeros, desapareció como tragado por la tierra.

Los tres latinos y sus prisioneros ascendieron penosamente uno en pos de otro hasta la entrada de la caverna, endonde Roberto los detuvo, diciendo:

— Un momento. Voy a abrir la puerta.

Volvió enseguida, exclamando:

— Pueden ustedes seguirme.

Penetró a la cabeza del grupo en la segunda cueva de la derecha, de la cual habían desaparecido la mesa y las sillas que sirvieron para el desayuno.

En el fondo de la gruta se abría un boquete rectangular en cuya entrada un sirviente, el mismo en quien Fanny había reconocido a uno de los camareros del *Nicaragua*—esperaba al grupo con una lámpara de acetileno en la mano.

Precedidos del criado bajaron por los peldaños de una escalera de granito Roberto, dando la mano a Fanny, y detrás los otros. El costarricense dijo a su linda compañera, que permanecía silenciosa y esquiva:

—Acaso usted esté indignada contra ese mozo —señalando al criado—creyéndole un traidor. No hay tal: el Gobierno de los Estados Unidos eliminó a todos los sirvientes de raza amarilla, porque eran espías japoneses; pero no sospechó que entre los que parecían patriotas yanquis había muchos alemanes como ése, que no se llama William, sino Max, criado de von Stein, ansiosos de contribuir a la ruina del imperialismo norteamericano.

Usted debe agradecerle a ese patriota alemán un servicio: el de haberle salvado su equipaje antes del hundimiento del *Nicaragua*.

¡Extraña psicología la de las mujeres! Fanny que había simpatizado con Roberto cuando le conoció en Wáshington bajo un nombre supuesto y a quien rechazó cuando supo que era oriundo de uno de los países que su patria menospreciaba como raza inferior, llevada ahora del instinto de la suya, admiradora del esfuerzo personal y de todo lo que supone triunfo de un sér superior sobre las medianías que

lo rodean, consideraba con respeto, casi con cariño, a aquel mozo rubio, esbelto, fuerte e inteligente, que con el auxilio de media docena de hombres estaba arruinando el inmenso poderío de una nación al parecer invencible. Su mano, aprisionada blandamente por la ardorosa de su guía, lejos de retirarse oprimía la de su acompañante cada vez que la pendiente del caracol de granito ofrecía peligro a sus breves pies. Jack, que la seguía inmediatamente, devoraba rabioso sus celos sin prestar atención a las observaciones del Secretario Adams, detrás del cual descendían silenciosos los jóvenes Valle y Delgado. Súbitamente los seis se detuvieron deslumbrados por un espectáculo encantado.

Se encontraban en un vasto salón subterráneo, con paredes y bóveda de basalto, iluminado por multitud de bombillas eléctricas que permitían divisar a un lado y otro de la amplia galería dos filas de habitaciones talladas en la roca y provistas de cuantas comodidades puede ambicionar el millonario más exigente. Muebles magníficos, alfombras, aire fresco provisto quién sabe por qué medios, y una veintena de sirvientes obsequiosos que se apresuraron a arreglar una larga mesa.

—Todavía no, Max—dijo Roberto al alemán, que parecía ser el mayordomo.

Vamos primero a mostrar a los señores el piso bajo de nuestra casa, y dentro de media hora estaremos aquí para que nos sirvan el almuerzo. Tengan la bondad se seguirme,—añadió dirigiéndose a sus compañeros de excursión.

En el fondo de la galería una amplia abertura rectangular dejaba ver una escalera brillantemente iluminada, a la cual se dirigieron Roberto y sus acompañantes.

El ingeniero costarricense daba siempre galantemente la mano a la bella norteamericana, a quien Jack manifestó sus quejas durante el breve rato que permanecieron en las habitaciones de los piratas, sin que ella diese cumplida satisfacción a las recriminaciones.

Así que hubieron descendido unos cien escalones, presentóse a la vista de los tres cautivos un cuadro mágico. Una inmensa cripta en forma de un cañón cilíndrico, de más de quinientos metros de longitud y de unos veinte de altura se extendía de oriente a occidente, con una anchura de más de cincuenta. En el centro brillaba el agua, iluminada por cien bombillas eléctricas, y a ambos lados, en una especie de playa rocallosa, lisa y uniforme, había máquinas y extraños aparatos en los que trabajaban más de cien obreros. Pero no fué la magnificencia de la cripta basáltica ni los talleres de sus orillas lo que atrajo la atención de los prisioneros, sino tres objetos fusiformes, de color oscuro, como de cien metros de longitud cada uno, que semejaban tres monstruosos peces antediluvianos, dormidos en aquel canal subterráneo de aguas glaucas.

—Tengo el honor—dijo Roberto al Secretario y a sus jóvenes compatriotas—de presentar a ustedes nuestros tres submarinos, *Mora, Cañas y Blanco,*

que en pocas semanas han conseguido hundir ocho de las más poderosas y perfectas unidades de la flota norteamericana y que pueden echarla toda a pique antes de dos meses. Vea usted—añadió el joven rubio, dirigiéndose al Secretario Adams—aquel más distante es el *Mora*, comandado por von Stein, que a las cinco de la mañana de hoy destruyó a las diez leguas de la costa de Nicoya, el *dreadnaugh* «*Salvador*», el último de la moderna flota del Pacífico, con que contaban ustedes para dominar estos mares.

—¡Pero es imposible! dijo con despecho el Secretario de Marina.

—Ya advertí a usted, Mr. Adams, que esa palabra no existe en los nuevos diccionarios.

Estos submarinos navegan más de doscientos kilómetros por hora y pueden dar la vuelta al mundo sin necesidad de arribar a ningún puerto para proveerse de víveres o de combustible. El *Mora*, después de realizar su hazaña, subió a la superficie, expidió el aerograma a nuestra oficina y en menos de tres horas acaba de entrar en su fondeadero. Von Stein está a bordo, descansando. Un orgullo profesional bien explicable me incita ahora a mostrar a ustedes algunas de las maravillas que hemos ejecutado—No todas—porque aún no es tiempo, añadió subrayando sus palabras con su irónica sonrisa. Han de saber ustedes que nuestros submarinos están recubiertos de una espesa capa de gutapercha que impide la acción de la mole de acero sobre los finísimos aparatos eléctricos de los acorazados

enemigos. No tienen periscopio porque disponen de instrumentos maravillosos cuya naturaleza no puedo revelar, los cuales debajo del agua reflejan constantemente en el interior del submarino, la imagen del exterior en veinte leguas a la redonda. Un curioso sistema de hélices permite a nuestros nautilus navegar casi a flor de agua, sin dejar estela que puede revelar su presencia. Pueden sumergirse y emerger en diez segundos. Cada uno tiene en la proa una caseta o garita provista de un reflector cuya luz, pasando por una gruesa lente, hace visibles los objetos bajo el agua a veinte metros de distancia; y el piloto que lo ocupa puede salir de ella cuando es menester, y provisto de una escafandra opera independientemente. Esos pilotos son en realidad quienes han volado los barcos de ustedes; como atacarlos por los costados es inútil, nuestros submarinos se colocan debajo de la quilla, y el piloto, saliendo de su garita, aplica al casco una ventosa que se adhiere a él y que estalla a la hora conveniente, para lo cual puede graduarse a voluntad. Algunós de vuestros *dreadnaughts* hundidos navegaron varias horas con la ventosa pegada a su quilla sin sospecharlo. Esa ventosa es un torpedo cargado con el explosivo más terrible concebido por el ingenio humano—la *japonita*—inventada por nuestro camarada el capitán Amaru. Es una sustancia infernal; bastan treinta libras para volar la más pesada mole de acero, y lo peor es que a la vez desarrolla una columna de gases tan venenosos que en un minuto no dejan alma viviente. Con uno

de esos torpedos destruí yo el *Nicaragua*, a la entrada de la bahía de Chatam, después de cerciorarme de que esta señorita estaba en tierra y de recoger su equipaje y al camarero alemán que por orden mía lo traje».

Fanny, que hasta entonces había prestado grande atención al relato de su antiguo pretendiente, dió un paso atrás horrorizada, a la vez que sus dos compatriotas palidecían de rabia.

—Cruelles necesidades de la guerra—continuó Roberto, para quien no habían pasado inadvertidas las muestras de repugnancia de sus interlocutores. Ustedes tres habían descubierto en parte nuestro secreto y dejarlos regresar a Puntarenas habría sido arruinar nuestra empresa.

Sólo el capitán Amaru conoce la composición de su explosivo y está resuelto a utilizarla para libertar a los pueblos, no para oprimirlos. Estoy seguro de que si el Gobierno de los Estados Unidos le ofreciera mil millones de *dollars* por patente de invención, él, que es pobre, los rechazaría indignado.

Si ustedes gustan, pasaremos a la orilla opuesta del canal y allí podré mostrarles otras curiosidades».

Los jóvenes Valle y Delgado se alejaron del grupo, dirigiéndose a los talleres cuando Roberto y los prisioneros se acercaron a la orilla del canal en donde se balanceaban perezosamente las terribles máquinas de destrucción. El ingeniero llevó a los labios un silbato e inmediatamente descendieron de la bóveda dos gruesas cables de acero con una vagoneta de

cado encima, abrió la culata, introdujo el tubo y oprimió un botón. Oyóse una especie de silbido, semejante al escape del vapor de una locomotora, y los tres cautivos se inclinaron sobre la grieta de la pared. Lo que vieron los llenó de espanto. El escollo, que medía unos cincuenta metros de anchura voló en fragmentos y en su lugar se vió una columna de humo bronceado, que parecía macizo. Cuando desapareció no quedó sobre las aguas la menor señal del arrecife.

—Quienes tales medios de destrucción tienen a su alcance—siguió diciendo con calma el ingeniero—podrían adueñarse del globo sin dificultad. Dichosamente esos medios están en manos de unos piratas convencidos de que no hay imperio mundial capaz de hacer feliz a la humanidad, porque ella sabrá labrarse por sí sola su dicha cuando conquiste su ideal: la autonomía. Pero ¡qué tarde es!—dijo consultando su reloj. Ya es hora de comer, y si ustedes no tienen inconveniente, les ruego que me acompañen a la mesa. Estaremos solos. Así podrán ustedes variar el pobre *menú* que pusimos a su disposición; y si no les cansa mi insoportable charla, les referiré durante la comida por qué y cómo hicimos de esta isla el centro de nuestras operaciones.

El Secretario de Marina se inclinó cortésmente, subyugado por las maravillas que había visto y oído y por el genio de su joven adversario. Fanny contemplaba a éste con una especie de respeto mezclado con temor, mientras Jack malhumorado, se sentó

displicente en la vagoneta que en pocos segundos los transportó a la otra orilla. Ascendieron por el caracol de piedra hasta el segundo piso en el cual estaban las habitaciones de los conspiradores, y Roberto guió a sus invitados a una espaciosa gruta, amueblada con lujo oriental y alumbrada por fanales de luz incandescente.

—Este es mi cuarto—dijo acercando tres sillones de junco a sus acompañantes. Tocó luego su timbre y dos camareros japoneses se presentaron en la entrada.

—La comida—ordenó lacónicamente el ingeniero.

Los sirvientes colocaron en el centro de la habitación una mesa que en menos de un minuto arreglaron suntuosamente. Fanny se creía transportada a uno de los lujosos hoteles de Nueva York. Gran variedad de ostras y otros mariscos de que abunda la isla, manjares preparados con arte exquisito, vinos de las mejores cepas; nada faltaba en el regio banquete, y los prisioneros, olvidando sus penas, se mostraron más expansivos que anteriormente. Cuando sirvieron el champaña levantó Roberto su copa.

—Propongo un brindis por la futura libertad y fraternidad de todos los pueblos.

Sus compañeros bebieron en silencio y luego el ingeniero, ofreciendo a los hombres magníficos habanos y pidiendo permiso a Fanny para encenderlos, añadió:

—Si tienen ustedes la paciencia de escucharme un cuarto de hora les referiré todo lo que los cinco

piratas, como ustedes nos llaman, hemos hecho y todo lo que pensamos hacer. No extrañen mi indiscreción, dijo sonriendo al ver la sorpresa pintada en el rostro de sus convidados. Dentro de poco nuestra obra estará consumada, ustedes serán puestos en libertad y el mundo entero conocerá detalladamente la labor que hemos realizado por salvarlo.

Hace cinco años, cuando terminé en Inglaterra mi carrera de ingeniero naval y mecánico, hice un viaje de estudio y en los Estados Unidos tuve entonces ocasión de conocer en un baile a esta señorita, pero no a su padre, que se hallaba entonces en Europa. Me dediqué especialmente a los aeroplanos y submarinos, que he logrado perfeccionar de un modo increíble.

Estando en el Japón supe la ocupación de las Repúblicas Centroamericanas por tropas de los Estados Unidos y desde entonces me juré consagrar toda mi vida y energías a romper las cadenas de mi patria, o por lo menos a vengarla. Trabé relaciones con el capitán Amaru, un sabio a quien el Gobierno de su país miraba con cierto recelo por sus ideas anarquistas; fui luego a Honduras y el Salvador en busca de aliados y tuve la fortuna de encontrar dos excelentes, Manuel Delgado, recién salido de la Escuela Politécnica, y Francisco Valle, distinguido médico y naturalista, ambos millonarios como yo y ardiendo en deseos de sacudir la dominación extranjera. Vuelto al Japón y de acuerdo con su gobierno—tan perjudicado casi como nosotros por

el imperialismo yanqui—emprendí inmediatamente la construcción de los tres submarinos que ustedes ya conocen; y un año más tarde, a bordo de uno de ellos, vine a practicar una exploración en esta isla, admirablemente dispuesta para servirnos de cuartel general. Como es de formación volcánica, no era raro que en ella hubiese grandes cavernas. Tuve la suerte de encontrar una tan maravillosa que su hallazgo fué en mi opinión un presente que nos hizo la Providencia, siempre favorecedora de la justicia y del derecho. La gruta era un cañón casi rectilíneo, de un cuarto de milla de longitud y con quince metros de agua que penetraba por pequeños orificios submarinos en ambos extremos. Unas cuantas libras de *japonita* bastaron para ensanchar las aberturas y dejar el paso franco a nuestros nautilus. Lo demás fué obra de los centenares de hábiles obreros nipones,—parte de los cuales permanecen con nosotros,—quienes en unos ocho meses ejecutaron las maravillas que ustedes conocen y otras que todavía ignoran».

Roberto hizo una pausa, durante la cual Mr. Adams y su hija le contemplaron con la veneración que se tributa a los seres superiores, en tanto que Jack miraba a su amada con expresión celosa y despechada.

Roberto prosiguió, arrimando un fósforo a su cigarro:

—Nuestro plan es muy sencillo. Cuando haya desaparecido vuestra escuadra, la japonesa invadirá

a los Estados Unidos; la poderosa Unión se convertirá en tantas repúblicas independientes como Estados y los países latinos recobrarán su autonomía. No permitiremos que ninguno de ellos posea escuadras poderosas que sólo sirven para oprimir a las débiles. Haremos igual intimación a las naciones europeas; si alguna se negare a suprimir su flota, la destruiremos inmediatamente.

El Gobierno del Japón se ha comprometido solemnemente con nosotros a desarmar la suya, cuando todos los países del mundo estén en igual pie comercial y político, esto es, cuando no haya expansiones territoriales, ni colonias, ni privilegios para los artículos manufacturados de determinada nación. El Japón mismo perderá su flota si se niega a cumplir lo pactado.

—Pero ¿quién la destruirá, si él es dueño de estos terribles inventos?—replicó vivamente el Secretario.

—¿Quién? los cinco piratas—¡nosotros! El capitán Amaru no obstante su nacionalidad, está resuelto a ello. El Gobierno japonés no posee ningún submarino semejante a los que ustedes acaban de ver. Sólo nosotros conocemos sus secretos. Además, en este momento están ya terminados en Tokio mil aeroplanos de un modelo inventado por mí; pero una pequeña maquina y un tremendo proyectil de que van provistos, invenciones mía la primera y de Amaru la segunda—se fabrican en esta isla y se llevarán a los aparatos cuando llegue la hora. Esa ma-

quinita, en la cual reside toda la potencia ofensiva del avión, funciona apenas durante un mes y es preciso renovarla. ¿Qué haría el Japón con sus mil aeroplanos si faltásemos Amaru y yo? No, Mr. Adams. Nuestros terribles inventos estarán siempre contra el despotismo y al servicio de los débiles. Usted mismo se cerciorará de sus diabólicos efectos cuando presencie en nuestra compañía la invasión de su inmenso país.

—¡Invadir a los Estados Unidos, Mr. Mora! Quiero admitir que el poder de sus máquinas es tan terrible como usted asegura; que nuestra flota es aniquilada y que cinco millones de soldados japoneses desembarcan en nuestras costas. ¿Ignora usted que allí hay veinte millones de patriotas instruidos y perfectamente armados que darán buena cuenta de los invasores?

—¡Ah! Mr. Adams! Cuando usted vea en acción mis aviones se convencerá de que en un día pueden destruir ese formidable ejército, sin tener por su parte ni una baja.

Un gesto de incredulidad contrajo las facciones del Secretario de Marina, y Roberto al advertirlo dijo con cierta tristeza:

—Quiera Dios que vuestros compatriotas se sometan sin lucha, porque como hombre civilizado me dolería la pérdida infructuosa de tantas vidas; pero cuando vean en el primer encuentro que su destrucción es inevitable, estoy seguro de que cesarán de oponer resistencia».

Un ominoso silencio siguió a estas palabras, pronunciadas sin jactancia, con acento tranquilo y firme. Mr. Adams bajó los ojos meditabundo; Fanny oprimió su mano como en busca de protección, sin apartar sus miradas atónitas del rostro de su antiguo cortejante. Jack también le miraba, con las pupilas encendidas por un odio irrefrenable en el cual se mezclaban los agravios del patriota con los recelos del amante. Roberto, en tanto, recostado en su poltrona de junco, fumaba distraidamente.

De pronto exclamó Mr. Adams, dirigiéndose a su enemigo:

—Comprendo que usted, caballero, procede sinceramente en pro de lo que usted entiende por la redención del mundo. Pero ¿está usted seguro de que éste habrá alcanzado permanente felicidad el día en que no haya más que centenares de minúsculas nacionalidades, sin recursos para acometer obras gigantes, como la apertura de un canal, por ejemplo, y sin fuerza para mantener el orden y rechazar posibles agresiones de vecinos? ¿No es preferible una federación de repúblicas sujetas a un gobierno central que vele paternalmente por su bienestar y adelanto?

—Las mismas ideas de von Stein ¡el mismo ideal germánico!—repuso riendo el rubio ingeniero.—¿Por qué, entonces, declararon ustedes la guerra a Alemania cuando el gran conflicto europeo, si el ideal del emperador Guillermo era idéntico al del Presidente Wilson? Unir al mundo bajo la hegemonía de una gran potencia reguladora, previsora y fuerte.

¿Cuál? ¿Alemania, Inglaterra o Estados Unidos? Lo mismo da. Es el ideal de los antiguos conquistadores asirios, persas, macedonios y romanos. ¿El mundo, pues, no ha dado políticamente un paso hacia adelante!

No, señor Ministro: los pueblos como los individuos, no necesitan someterse a la autoridad de un poderoso; pueden asociarse para obras ingentes de interés colectivo y nada tienen que temer de agresores ambiciosos y perversos si en su favor limita el apoyo de otros pueblos amantes de la moral y el orden. El tiempo lo dirá: soy joven y espero ver los frutos de mi obra.

Pero ya he cansado a ustedes bastante con mi charla. Voy a conducirlos a sus habitaciones, levantándoles la incomunicación. Si desean ustedes pasar la velada en familiar plática, pueden hacerlo. Únicamente siento que por hoy no me sea posible dejarlos salir de la caverna para admirar al aire libre el grandioso panorama del océano iluminado por la luna.»

Levantóse y, tocando un timbre, dijo al criado que apareció en la entrada:

— Toma una lámpara y guíanos al piso superior.

Voy a dejarles la lámpara,—dijo cuando hubieron llegado a la cueva número 3 que servía de prisión a Mr. Adams y a su hija.—Talvez ustedes deseen leer y las bujías alumbran poco.

Enseguida saludó y encaminándose a la segunda gruta de la derecha abrió la puerta secreta y bajó a oscuras por la escalera, como quien conoce de memoria el camino.

VI

LA EVASIÓN

Cuando Roberto se encontró en su lujosa estancia se sentó al escritorio de caoba que estaba en un ángulo de la habitación. Lelase en su semblante la expresión picaresca del que medita una travesura. Escribió varias hojas, consultando un papel que sacó del bolsillo, y en esta ocupación le sorprendieron sus cuatro confederados, quienes invadieron la sala sin ceremonia.

—Un momento—dijo el ingeniero sin volverse;— voy a poner la firma.

Cuando concluyó, dió media vuelta en el sillón giratorio y dijo mirando sucesivamente a sus cuatro camaradas:

—Hemos cometido una grave imprudencia, un descuido sin nombre que por poco arruina completamente nuestros planes. Hace muchas horas que en Puntarenas no tienen noticias del *Nicaragua* y como a su bordo viaja su Excelencia el Ministro de Marina, no es extraño que de un momento a otro tengamos

a la vista los otros barcos del escuadrón. Para remediar el daño, si aún es tiempo, voy a expedir estos aerogramas:

«Comandante Burns, jefe del escuadrón de Puntarenas, a bordo del *Puerto Rico*. Todo perfectamente. Exploramos interesante isla. Dentro de tres días debe hallarse usted con los dos acorazados y el vapor carbonero que los acompaña, en Panamá, en donde nos reuniremos.»—Adams, Secretario de Marina, a bordo del *Nicaragua*».

«Comandante Stuart, jefe del escuadrón de San Juan del Sur, a bordo del acorazado *Alabama*. Dentro de tres días debe estar usted en Panamá con los tres grandes cruceros que están bajo sus órdenes. Adams, Secretario de Marina, a bordo del *Nicaragua*».

Los despachos están escritos en cifra, gracias a la clave que la otra noche sustraje del bolsillo de ese cándido teniente Cornfield, que no tiene ojos más que para su novia; de suerte que no podrán maliciar nada. El desenlace del drama se aproxima. Capitán Amaru ¿el *Blanco* está listo para zarpar mañana?

--A bordo están ya—contestó el interpelado—las mil maquinillas en sus respectivas cajas y los veinte mil cohetes. Partiré mañana mismo, pero con el sentimiento de no poder asistir a la obstrucción del canal de Panamá.

—En cambio, presenciara usted algo mejor: el desembarco de sus compatriotas en las costas de California.

Oprimió Roberto un botón y al punto se presentó un mozo filipino.

--Lleve usted esto en el automóvil inmediatamente al telégrafo. No quiero comunicar por teléfono los despachos a Jiso por temor de una equivocación que pudiera sernos funesta—añadió hablando con sus amigos, mientras el criado se alejaba a toda prisa.

—Yo acompañaré al capitán Amaru, dijo Delgado: quiero presenciar el embarque de las tropas y los primeros combates.

—No desmientes tu sangre salvadoreña—replicó jovialmente Roberto.—Valle, en cambio, vendrá con nosotros. Siempre es consolador tener un facultativo a bordo cuando se vive en estos traidores climas, y un fiel amigo que comparta nuestra suerte—añadió estrechando con efusión la mano del hondureño.

—Espero que los cinco nos desayunaremos mañana en mi cuarto antes de separarnos—insinuó el capitán Amaru;—mi cocinero echará la casa por la ventana y prepara no sé que platos japoneses que en mi país sólo se sirven en las grandes solemnidades.

Repentinamente Roberto se puso de pie y acercándose a una especie de teléfono incrustado en la pared, aplicó el oído, haciendo señas a sus amigos para que callasen.

—Es extraño—murmuró después de un rato. Fanny lee en voz alta y su padre y su novio escriben alternativamente; se percibe con toda claridad el diferente rasgueo de sus plumas.

—Quizá versos, dijo burlonamente Valle.

—No, deben de ser las confidencias que les hizo

Roberto y que esperan poder transmitir a sus paisanos —agregó Delgado.

Roberto permaneció algún tiempo con la oreja pegada al micrófono, y luego, moviendo la cabeza, vino a sentarse al lado de sus camaradas.

—¡Qué demonio! exclamó poniéndose serio. Son más astutos de lo que yo pensaba. ¿Saben ustedes que estaban haciendo nuestros prisioneros varones? Conversando por escrito. Sospecharon que podíamos oírlos, recordando sin duda lo que neciamente les conté de las conversaciones recogidas debajo de los acorazados en Puntarenas.

—Esta noche podemos sustraerles esos papeles como hicimos con la clave telegráfica y las armas—repuso Delgado.

—Es inútil: los quemaron. Oí el ruido que hicieron al abrir la lámpara de petróleo y la voz de Fanny que decía: «Quémenlos afuera, porque el humo es insoportable.»

—Nada hay que temer—agregó el ingeniero—cualesquiera que sean las impresiones que hayan cambiado, están bien asegurados en su prisión y podemos dormir tranquilos.

Mientras esta conversación se desarrollaba en el piso subterráneo, en el que ocupaban los norteamericanos ocurría una extraña escena. Apenas se despidió de ellos el rubio costarricense, sacó Jack del bolsillo su pluma de fuente y una libreta en la cual escribió algo que pasó enseguida al Secretario Adams. Este leyó:

—Es indudable que allá abajo oyen todo lo que

hablamos aquí. Tengo que comunicar algo importante a usted y le suplico que me conteste también por escrito. Ruéguele a Fanny que mientras tanto lea algo en voz alta para no infundir sospechas.

Mr. Adams pasó el papel a su hija, y ella, aprobando con un movimiento de cabeza, tomó de su valija una novela de Conan Doyle y comenzó a leer, interrumpiéndose de rato en rato para enterarse de los papeles que cambiaban sus compañeros.

«Con un espejillo que me prestó Fanny—escribió Jack—pude observar los movimientos de ese maldito costarricense y sé cómo se abre la reja de la salida de la cueva.»

—«¿Y qué adelantamos con eso?»

—En la madrugada me escaparé e iré a la estación inalámbrica: media hora después todas las nuestras de la costa centroamericana sabrán nuestra precaria situación.

—Pero allí hay siempre un empleado.

—Sí, el filipino Jiso, a quien no me será difícil maniatar, pues soy bastante fuerte para reducir a la impotencia a ese hombrecillo y a cuatro como él. Además, conservo mi larga navaja de bolsillo y en caso necesario»

—¿Y si hay en la estación varios agentes?

Es muy improbable. En tal caso me volveré sigilosamente y repetiré la tentativa otra noche.

—Pero si pides auxilio, estos infames corsarios hundirán en un minuto nuestros barcos, como volaron el *Nicaragua*.

—Pierda usted cuidado. Advertiré a los jefes que efectúen el desembarco por la costa occidental, y una vez con un millar de *bluejackets* en la isla me comprometo a acabar con este nido de gavilanes.

—Pones tu vida en peligro.

Es indispensable salvar a ustedes y a la patria. Dígale a Fanny que me pase aquella cuerda que ata sus valijas. Si muero en la empresa, mi último pensamiento será para ella.

La joven se conmovió al leer el papel y entregó a su prometido lo que pedía.

Luego los novios se estrecharon cariñosamente las dos manos, Mr. Adams abrazó al teniente y éste antes de retirarse a su gruta, indicó la conveniencia de quemar los papeles escritos, lo que hicieron en el túnel central. X

Ya en su dormitorio el joven marino cortó en dos cabos iguales la cuerda, puso su reloj abierto sobre el banco que le servía de velador, se tendió vestido sobre un jergón, y a la luz de la bujía se entretuvo en hojear un libro, más por matar el tiempo que por interesarse en la lectura. De rato en rato consultaba el reloj, como sorprendido de que sus agujas no girasen más rápidamente. Con el oído atento recogía todos los rumores venidos de fuera, el incesante golpear de las olas en los acantilados de la orilla, los mugidos del viento en las selvas, los gritos de las aves marinas desveladas y el murmullo misterioso procedente de las cuevas subterráneas en donde se preparaba insidiosamente la ruina de su querida patria. Poco

después de media noche los ruidos se fueron apagando unos tras otros, menos el interminable del océano. Cuando el reloj marcó las dos de la madrugada, levantóse Jack, apagó la vela y a tientas cubrió su blanco uniforme con el impermeable oscuro, cerciorándose antes de que su cuchillo de marino salía fácilmente de su vaina. Pasó luego al zaguán, que la luna menguante mantenía en la penumbra, y siempre alerta y pegado a la pared se encaminó a la salida, obstruida por pesada verja. Palpó a corta distancia del suelo la pared de la boca de la caverna, según había visto hacerlo a Roberto; pero no encontró ningún punto saliente y sus dedos oprimieron en vano, pulgada por pulgada, el muro de granito. Casi media hora empleó en tales inútiles tentativas y pensaba ya retirarse descorazonado a su cuarto, cuando recordó que el ingeniero—cuyos movimientos había espiado gracias al espejillo de Fanny—mientras oprimía la pared con la izquierda, mantenía su diestra apoyada en el arco de la cripta, a la altura de su cabeza. Hizo lo propio el teniente, y después de otra media hora de infructuosos ensayos oyó un leve chirrido y vió desaparecer la reja en el seno de la roca.

Jack Cornfield sacó primero la cabeza para ver si había por allí algún centinela importuno. No diviso a nadie, comenzó a descender por el escarpado sendero que conducía a la depresión en la cual se hallaba la línea férrea. Procuraba no tropezar en los guijarros y las suelas de caucho de sus zapatos no producían ruido alguno en el piso granítico.

Cuando a favor de la luna encontró la vía, comenzó a trotar por ella a paso gimnástico; y durante más de veinte minutos corrió anhelante, con los puños pegados al pecho, sin experimentar el más leve cansancio, gracias a su larga práctica de *foot-ballista*.

Llegó por fin a la plazoleta en cuyo centro se elevaba el falso tronco de cemento en el cual estaban los botones que en un instante hacían aparecer y desaparecer las instalaciones de los piratas. Con gran sorpresa advirtió Jack que el tronco no estaba en su sitio; a corta distancia, sin embargo, vió la caseta del telegrafista, alumbrada por una potente bombilla incandescente y al pie el alto mástil cuyas antenas trasmitían hasta los confines del mundo los despachos de cinco desconocidos que podían trastornarlo todo con unas cuantas ondas eléctricas.

Por la angosta ventanilla, a la cual se llegó con las mayores precauciones, vió al joven filipino, a quien Roberto había saludado con el nombre de Jiso, profundamente dormido al lado del auditor del telégrafo.

El americano se despojó rápidamente de su impermeable, y penetrando en la garita envolvió con él al descuidado agente, y mientras éste luchaba desesperadamente por libertarse de la envoltura que le sofocaba, Jack le ató los codos, de manera que el incauto filipino se halló en pocos segundos reducido a la más completa impotencia, sin darse cuenta de quién era su nocturno asaltante.

Si el teniente no hubiera estado tan ocupado en

apretar en la espalda del filipino los hábiles nudos que sólo los marinos son capaces de hacer, habría podido observar que su prisionero movía de un lado a otro su pierna derecha, dando fuertes patadas debajo de su escritorio.

Terminada su obra, Jack levantó en vilo al telegrafista y le arrojó en un rincón de la oficina; sentóse luego enfrente del manipulador y comenzó a transmitir el siguiente despacho:

«A todos los comandantes de los puertos de nuestra colonia de Centro América.

Estamos prisioneros de una cuadrilla de piratas en la Isla del Coco que han hundido ya ocho de nuestros principales bareos. Envíen tres acorazados que se acerquen a la isla por la costa oeste y que desembarquen en la noche mil marinos.»

Iba el teniente a poner la firma del Secretario Adams, cuando una mano de acero oprimió la suya y al volverse sorprendido se encontró en presencia del ingeniero rubio, del militar salvadoreño y de tres individuos de raza amarilla armados hasta los dientes.

—¿Qué hace usted aquí?—dijo el costarricense friamente,—mientras los tres soldados sujetaban al yanqui por los brazos maniatándole en un instante:

—¿Así paga usted las consideraciones con que le he tratado, dejando abierta la reja de su encierro para que pudiera usted visitar a sus amigos? ¿Se imagina usted que no advertí su hábil maniobra de observar mis movimientos por medio de un espejito

que sacó por entre los barrotes? Tentado estuve a romperlo de un balazo—porque quizá usted ignora que en Londres gané dos veces seguidas el premio en los concursos de tiro de pistola; pero nunca supuse que encontrara usted el secreto de la puerta de la caverna. Ya veo que tengo que habérmelas con un adversario nada despreciable. Ha tenido usted suerte en su escapatoria: allá en las grutas no se corre una verja sin que un timbre lo avise a un vigilante encargado de ese servicio; pero el empleado se dejó vencer del sueño y a estas horas está purgando su falta en un calabozo. Probablemente habría podido usted volver tranquilo a su cuarto si Jiso no me hubiera avisado.

Jack, pálido, silencioso y con los ojos bajos, los levantó espantado hacia su interlocutor.

—Veo, prosiguió Roberto, que no he perdido aún el dón de causarle sorpresas. Usted no se había figurado que, previendo un posible ataque a nuestro telegrafista y sabiendo que en tales casos es corriente obligar al asaltado a levantar los brazos y dejarse registrar, habíamos arreglado un aparato subterráneo de suerte que le bastó a Jiso oprimir con el pie un botón para avisarme que estaba en peligro.

El filipino, desembarazado ya del impermeable, se puso de pie, saludó militarmente y dijo compungido:

—General, he cometido una falta grave. Mi amigo José, a quien correspondía la vigilancia de dos

a cinco, se sintió algo indispuerto y me rogó que lo reemplazase; y yo, cansado del mucho trabajo del día, me dormí y me dejé sorprender.

—Tu descuido ha estado a punto de hacer fracasar nuestra campaña y en tal caso habría mandado fusilarte al punto. Estarás arrestado tres días en las mazmorras subterráneas.

Afortunadamente el mal puede todavía remediarse».

Sacando entonces del bolsillo una libreta se la mostró a Jack, sonriendo irónicamente.

El marino se estremeció.

Era la clave oficial del gobierno de Wáshington, que se entrega a todos los empleados del inalámbrico y cuya pérdida acarrea inmensas responsabilidades.

—Ahora, en castigo de su felonía—siguió diciendo Roberto, mirando tranquilamente al agarrotado yanqui, va usted a escuchar el despacho que voy a transmitir a todos los comandantes de puerto de la colonia centroamericana».

Tomó el manipulador y fué repitiendo en voz alta las palabras que transmitía, consultando a cada momento la clave.

«Hemos sorprendido una guarida de piratas. Ya todos están a bordo bien custodiados. Uno de ellos tuvo tiempo de transmitir un despacho en mi nombre, pues tenían magnífica instalación inalámbrica que hemos destruido. Quería atraer nuestros barcos a la isla para hundirlos. Los escuadrones de Sand-